

pues que Vos, por medio de vuestra Iglesia, me lo habéis asegurado; pero, Dios mío, á pesar de eso yo espero en vuestra gracia omnipotente; yo aguardo de Vos lo que jamás me atrevería á prometerme de mí mismo, la perpetua posesión de vuestro amor; yo os pido como el más precioso de vuestros dones, el poder decir con tanta verdad como el Apóstol: ¿Quién podrá separarme del amor de mi Jesús? ¿Las tribulaciones y las penas, el hambre y la desnudez, la persecución y el martirio? ¡Oh! no; yo confío en mi Señor y mi Dios, que ni los trabajos de la vida ni las angustias de la muerte me separarán de mi Dios; antes al contrario, después de haberme unido á Jesucristo en la tierra, me llevarán á la posesión inmutable de su amor en las moradas de la gloria.



VISITA XVII

Tercer dardo de amor á Dios.

Dios mío, Jesús mío, yo muero de amor por vos. Vos sois mi Creador y Señor; Vos mi Padre y mi Amigo; Vos mi Esposo hermosísimo, escogido entre millares; Vos mi tesoro, mi dicha, mi gozo y mi suprema felicidad. ¿Por qué no os amaré yo como os amaban los Santos, Jesús mío? ¿Por qué no sentiré yo en mi pobre corazón ese fuego devorador, ese fuego inmenso que invade al mundo todo con sus celestiales ardores, y que tiende con su actividad á consumir y liquidar todos los corazones? ¿Qué fatales cadenas me atan aún contra la tierra y me impiden volar á buscar allá en el

cielo á mi Señor y á mi Dios, al objeto único de mi ternura y de mi amor?

¡Ay, Jesús mío! Me parece luego que me preguntáis como á San Pedro: «¿Hijo mío, me amas?» y que reiteráis con insistencia esta pregunta. Sí, Señor: Vos sabéis que os amo; sabéis que hace algunos años (¡ojalá y fueran todos los de mi vida!) que sólo vivo por Vos y para Vos, que no pienso más que en Vos, que no procuro más que complaceros y agradaros, y que no quisiera que hubiera en mí ni un solo suspiro, ni una sola respiración de que Vos no fueseis el dueño y el objeto. Sí, Jesús de mi vida: yo siento que os amo, porque todo otro pensamiento que no sea Vos, me turba y me entristece; porque cuando estoy en vuestras santas casas, creo estar en el cielo, y no quisiera salir de ellas jamás; porque cuando hablo con los hombres, y no es de Vos, parece que una niebla cu-

bre mis ojos, parece que una pesadola oprime mi corazón. Las palabras que no me encienden en vuestro amor, me entristecen y disgustan; me dan un tedio supremo esas mil locuras que son el asunto ordinario de las conversaciones humanas; quisiera que todos los hombres os amaran para poder hablar con ellos de vuestro amor, y sólo entonces sus palabras me serían dulces y agradables. Siento que os amo, Dios mío, pero desgraciadamente es muy poco; porque aún me estorban las criaturas, me distraen las conversaciones, me entibian las visitas, y hacen flaquear mi constancia las ocasiones. Me parece que os amo, Dios mío; pero ¿qué amor es este mío, que siempre se queda en palabras y no pasa á dar frutos en las obras; que no consigue el hacerse dulce y afable para con los demás, paciente en los trabajos, resignado con las aflicciones, obediente en todas las cosas, y profunda-

mente humilde como conviene al que verdaderamente os ama? Por eso, pues, Dios de mi vida, vengo á pedir vos vuestro amor, vuestro amor puro y perfecto, vuestro amor activo y eficaz, que produzca en mi alma efectos saludables y frutos de bendición; vengo á suplicaros me concedáis que reine una feliz concordia entre mis pensamientos y mis acciones, entre mis sentimientos y mis obras, entre mis deseos y mis ocupaciones; vengo á suplicaros que os dignéis llevarme por el camino de las sólidas virtudes, para poder acompañar mi amor hacia Vos, con esos frutos copiosos, indicios seguros de su realidad y de su aumento.

Vos me habéis dado tanta confianza, tanta familiaridad y tanto ánimo para pedir vos grandes cosas, que usando ahora de ese misericordioso permiso y de esa bondad paternal, quiero haceros una doble petición. Concededme ;oh vida mía! al mismo

tiempo estas dos cosas: que os ame yo más que todas las criaturas que os aman en el mundo en la actualidad, y que sea juntamente la más baja y la más humilde de todas ellas; quiero ser el alma más amante y la más humilde; quiero que no haya nadie sobre la tierra que me haga ventaja en el amor hacia Vos. En buena hora que favorezcáis á quien os plazca con los más singulares favores; que les abráis, aun en esta tierra y en esta vida, los gloriosos secretos que sólo se revelan en la otra y en el cielo; que les hagáis gustar, como á las Teresas y á las Catalinas, los inefables consuelos de la más elevada contemplación; que les déis como á probar con anticipación las celestiales dulzuras de la unión más estrecha; yo no envidio á estas almas puras y humildes, estos vuestros soberanos favores; sólo envidio vuestro amor que en ellas resplandece, y la humildad que las dispone á recibirlos. Yo no

merezco ni os pido esas gracias, pero sí os pido su amor y su humildad; quiero igualarlas, quiero superarlas en amaros y en humillarme. Concedédmelo, Jesús divino; concedédmelo, amable Salvador de mi vida. Ya que yo he sido más pecador que todos los hombres, debo amaros más que todos ellos, siquiera en recompensa de cuanto os he ofendido.

Así, pues, amado mío, que arda desde hoy mi pobre corazón en un incendio de amor inextinguible; que todos mis deseos sean ya fervorosas aspiraciones hacia Vos; que mi lengua no sirva ya sino para alabaros, para bendeciros, para publicar en todo el universo las maravillas de vuestro amor; para contarles á todos las grandes misericordias que habéis obrado en esta pobre y miserable criatura, para exaltar la inmensidad de la ternura de vuestro divino Corazón, para animar á todos en vuestro servicio, y para hacer cuanto

pueda porque todos os conozcan y, conociéndoos, os amen, y, amándoos, os honren ó glorifiquen para siempre; que mi corazón no se adhiera jamás á la despreciable ruindad de las criaturas, sino que fijándose inmutablemente en Vos, Creador de todas, siempre os ame, siempre suspire por Vos, siempre se una con Vos, y siempre anhele por el feliz instante en que, dejando de latir en este mundo vil y corrompido, pase á poseer las inmensas felicidades de vuestro amor, en aquella patria verdadera, en aquel asilo imperturbable, en aquella mansión de dicha y de consuelo, donde vuestro amor todo lo llena, todo lo vivifica y todo lo embellece. Sí, Jesús mío: el amaros siempre y sin cesar, el amaros constantemente y sin tibieza, el amaros eficazmente y sin remisión, es todo lo que deseo, todo lo que intento y todo lo que os pido. Dadme un amor continuo y fervoroso, que me abrase, que me incendie

y me consuma, para que después de hacerme en esta vida una víctima entera de amor, vaya á consumir este gustosísimo sacrificio en las regiones eternas, donde vuestro amor nunca acaba, donde jamás se entibia, y donde siempre inunda en torrentes de delicias nuestra alma y nuestro corazón.

Así sea.



VISITA XVIII

Cuarto dardo de amor á Dios.

¿Cuándo os amaré como Teresa de Jesús, adorable Salvador mío? ¿Cuándo llegaré á imitar á esa grande Santa, á quien tanto amo, sólo porque ella tanto os amó á Vos? ¿Cuándo conseguiré ver trasplantadas en mi pobre corazón aquellas sublimes virtudes que hacían de aquella dichosa criatura, más que una habitante de la tierra, un serafin de los cielos? Yo lo quiero, Señor, yo os lo pido y os lo pido por intercesión de esa Santa, á la cual prometísteis que nada negaríais, aun durante su peregrinación en este mundo. ¿Por qué no he de aspirar yo á amaros tanto como ella?

¿Es acaso por mis pecados? Pero, Jesús mío, Vos vinísteis á buscar á los pecadores; por ellos y para ellos descendisteis de las alturas; por ellos os constituísteis Médico piadoso, y durante vuestra vida mortal honrasteis su mesa con vuestra presencia y con vuestro trato su persona. Yo bien veo que soy pecador; Vos habéis permitido que lo haya sido hasta un grado capaz de confundirme y humillarme para siempre; pero, á pesar de eso, Vos me habéis llamado, me habéis favorecido, me habéis admitido á vuestra comunicación en el secreto divino de la oración, y me habéis distinguido con señales tan singulares de amor y de ternura, que ya no puedo dudar que me amáis, y que me amáis con una piadosa é inmerecida predilección. ¡Bendita sea mil veces tanta bondad y tanta misericordia! Por eso me animo á esperar que pasaréis adelante en vuestras amorosas liberalidades; por eso me atrevo á pedir la

posesión plena y perfecta de vuestro amor; por eso quiero también que mi felicidad y mi correspondencia sean las más sinceras y perfectas, para hacerme cada día menos indigno de recibir vuestros favores. Muchas veces pienso en vuestra presencia, divino Jesús mío, por qué causa me habéis llenado de tantos beneficios, y qué habéis encontrado en mí que haya atraído, sobre una tan vil criatura, vuestras bendiciones. Pero mientras más he bajado ¡oh Dios mío! en el abismo de mi propio corazón, más y más me he espantado de vuestras finezas. Yo no he hallado en mí sino corrupción espantosa, una fragilidad digna de todas las lágrimas, y una ingratitud acreedora á todos los castigos; una inconstancia y una tibieza que hubieran bastado á cansar á todo corazón que no fuese el vuestro.

Así, lo único que os ha decidido á sanarme, es el exceso mismo de mi corrupción; mi fragilidad os ha con-

movido; el peso mismo de mi flaqueza y de mi miseria es el que ha movido en mi favor vuestro amante Corazón, inclinándole hacia mí. Vos elegisteis en otro tiempo al pueblo hebreo para testigo de vuestras grandezas, usufructuario de vuestros más grandes favores, custodio de vuestra ley y depositario de todas las promesas de bendición; y, no obstante, era un pueblo duro y rebelde, perverso é inconstante, indeciso entre Vos y los ídolos, y más digno de sufrir vuestros justos castigos, que de ser el objeto de vuestras grandes misericordias. ¡Bendito seáis ¡oh Dios mío! que acostumbráis elegir lo más débil y despreciable para confundir todas las vanas fortalezas del mundo!

¡Que no me estorben, pues, mis pecados el suspirar por Vos! ¡Que no me impida mi miseria y mi vileza el unirme cada vez más con Vos! ¡Que no sea parte toda mi debilidad á negarme el aumento de vuestro amor!

Vos me habéis amado á pesar de mi indignidad: ¿por qué no procuraré yo amaros á pesar de ella? Mi malicia no os ha retardado para favorecerme; ¿por qué habría de servirme de obstáculo para corresponderos? No, Jesús mío; en medio de mi miseria yo os amo, yo quiero amaros ahora más que todas las criaturas del universo; yo quiero unirme á los coros celestiales, para que sean más robustos mis acentos. Os amo, Jesús mío, con toda mi alma; os amo, adorable Salvador mío, con todo mi corazón; que todas las criaturas lo oigan, que todos los mortales lo entiendan, que los ángeles se alegren, que bramen los moradores de las tinieblas. Os amo, Señor, y yo quisiera que el sentimiento que me hace lanzar esta expresión en que va envuelta toda mi alma, fuese patente á todos los siglos y á todas las generaciones. Yo amo á Dios; yo aborrezco todo lo que no es Dios; yo quisiera dar toda mi sangre y mi vida

por adquirir un grado más de amor de Dios.

Señor, ya que me dáis esta sed devoradora, dignáos comenzar á satisfacerla desde esta pobre vida; dadme un amor que me abrase, que me consuma, y satisfaga esos ardientes deseos que habéis hecho nacer en el más miserable corazón. El poseer vuestro amor sin mezcla y sin tibieza; el amaros eternamente y con ardor, es lo que me hace suspirar por el día feliz y deseado en que, dejando esta tierra y esta vida, entremos á la posesión inmortal de ese amor pleno y perfecto, de ese amor que no se debilita nunca ni termina jamás. Así sea.



VISITA XIX

Quinto dardo de amor á Dios.

¡Dios de amor! Aquí me tenéis de nuevo prosternado delante de vuestros tabernáculos; aquí me tenéis reconociendo de nuevo mi profunda bajeza, doliéndome de nuevo de mis culpables transgresiones, y clamando á Vos de nuevo por el remedio de mis males y por la consecución de vuestro amor. Me veo cubierto de pies á cabeza de una lepra asquerosa é inmundada; me veo cayendo á cada paso en esas faltas que tanto os desagradan, y que, por desagradaros á Vos, me llenan á mí de tristeza, de confusión y de dolor. Me veo siempre sujeto á las mismas pasiones, siem-

pre combatido por los mismos adversarios, y siempre inconstante en las resoluciones que tomo á vuestros pies. No hallo cómo componer oh, amable Salvador mío! mi atraso continuo en vuestro santo servicio, con ese ardor que tan frecuentemente experimento cuando estoy cerca de Vos. ¿Será que el enemigo de mi salvación levante en mí falsos sentimientos para llenarme de vanidad y de orgullo? ¿Será que yo mismo, por una deplorable ilusión, excite en mí unas palabras ficticias y vacías, que luego traduzca locamente por amor verdadero? ¡Ah Señor! Yo creo que Vos, tan bueno que Vos, tan liberal; que Vos, tan misericordioso para conmigo, no permitiréis que vuestro pobre siervo sea el juguete indigno de sus enemigos. Quiero creer mejor que Vos sois quien me habláis en la oración, que Vos sois quien me encendéis allí en el fuego de vuestro ardiente Corazón, que Vos sois el que

derramáis en el mío una gota de ese mar inmenso de amor que tenéis depositado en los abismos de vuestro poder y bondad; pero que yo todo lo inutilizo, todo lo hago vano y estéril con esta correspondencia tan ingrata, con esta disipación tan continua y con esta negligencia tan reprehensible, que me hace ser muy frecuentemente sordo á vuestros acentos, é indócil á vuestras sollicitaciones. ¡Perdón, Dios mío! Esto me confunde muchas veces, y me entristece; esto me avergüenza, y á veces me infundiría desmayo y desaliento, si no hubiera puesto solo en Vos toda mi esperanza y mi consuelo.

¡Vos amarme tanto, y yo no amaros todavía con un ardor todo divino y celestial! ¡Vos, conversar tan dulcemente conmigo, y yo no cansarme todavía de la vana conversación de los hombres! ¡Vos uniéndoos á mí todos los días con el lazo más estrecho después de la unión hipostática, y yo

sin vivir todavía entera y perfectamente en Vos! ¡Oh Jesús de mi vida! ¿Cuándo acabará para siempre este funesto desorden? ¿Cuándo cesará completamente este monstruoso y triste desconcierto? Yo me veo tan flaco, tan débil, tan inclinado á lo malo, que, á no tener puesta en Vos, como el Profeta, mi esperanza, temería muy en verdad el verme eternamente confundido. Mas no, Señor; Vos me ayudaréis, Vos me santificaréis, Vos me salvaréis; echaréis sobre mí desde vuestro trono sacramental una mirada de ternura y de amor, como aquella que bastó para levantar al Príncipe de los Apóstoles, y yo me levantaré como él del abismo de mi flaqueza; lloraré mis pasadas y presentes infidelidades; repararé con activo fervor los años perdidos, y haré por mostrar, con la perfección y santidad de las obras, la realidad y la eficacia del amor vuestro que en mí vive. Aumentadlo, pues, en mi cora-

zón, reanimadlo, avivadlo y dadle actividad y eficacia; y si no merezco yo, ni me atrevería jamás á pedirlos, que un espíritu celestial, de los que más arden en el fuego de vuestro amor, introdujese en mis entrañas, con un dardo prodigioso, sus divinos ardores; si no desearé jamás que por medios extraordinarios lleguéis á consumir en vuestro obsequio este mi corazón miserable, por lo menos os suplico con las más vehementes instancias que me déis ese mismo amor por los caminos ordinarios que lo comunicáis á las almas; que derraméis sobre mí un ardor enteramente celestial cuando os dignéis visitarme al principio del día; y que ese amor, traído de las alturas, no ya por un ángel, sino por vos mismo, encendido en mi corazón por Vos, que sois más que todos los serafines reunidos, y alimentado en mi alma por la meditación de vuestra grandeza y mi miseria, me inunde todo en sus consue-

los celestes, me encienda todo en sus llamas bienaventuradas, me inflame todo en sus ardores divinos, y me consuma constantemente delante de Vos como un perfecto holocausto, que, comenzado en este país miserable de lágrimas y dolores, se termine felizmente en la verdadera patria, donde Teresa de Jesús y todos los Santos han encontrado el complemento, la seguridad, la perfección y la eterna perpetuidad de su amor. Así sea.



VISITA XX

Sexto dardo de amor á Dios.

¡Oh Dios de amor! ¿Hasta cuándo lograré verme unido á Vos de la manera más íntima, la más estrecha é inmutable? ¿Cuándo veré ya siempre fijo en Vos este corazón, tan inquieto é inconstante, que pasa por todas las criaturas sin encontrar jamás en ellas descanso ni reposo? ¿Cuándo me veré engolfado, perdido y abismado en el piélago sin fondo ni riberas de vuestro amor? ¿Cuándo me cansarán estas mil vanidades que me rodean, estas mil locuras que nos entretienen, estas humanas vicisitudes que nos arrastran, causándome un tedio supremo y una verdadera aflicción, que